

viva. Esta llama pura tenía una especie de trilogía, como los viejos dioses vedas, en su seno: tenía la llama del cielo que anima toda la naturaleza, la llama del templo que anima toda la ciudad, la llama del hogar que anima toda la familia.

El derecho romano debía ocurrir con ventajas tangibles á dulcificar las duras condiciones impuestas á sus sacerdotisas. Así una vestal parece un ciudadano. La patria potestad, tan dura en aquel tiempo y en aquel pueblo, no ejercerá sobre las sacras vírgenes su autoridad. Señora y soberana de sí misma, pues ha sacudido el régimen familiar y doméstico, alcanzará, como cualquier ciudadano libre, no solamente los privilegios de legataria, sino también la disposición entera de sus bienes. El Estado provee á su manutención. La personalidad suya resplandece tan sacra y venerable como la personalidad misma de un dios. No podrán sus plantas hollar el suelo; una litera ó un carro curul deberá conducir las á todas partes. Quien las desacate, las insulte, ó siquiera las detenga, reo será de muerte. Aquella virtud tradicional de gracia y de perdón residente por los siglos medios en los santuarios nuestros, gozábala de suyo la vestal, no sólo en lo que podríamos llamar su monasterio, en la calle misma, cuando por casualidad tropezaba con cualquier condenado á muerte. Un lictor iba delante de sus personas, como delante de los reyes en las monarquías y delante de los cónsules en las repúblicas. Los juegos oficiales, el teatro, el circo, la naumaquia, el estadio, les reservaban plazas preferentes y les concedían extraños privilegios. Ningún poder ni autoridad oficial se les designaba ó reconocía en las leyes; pero lo alto de su institución, lo venerando y sacro de sus ministerios, los recuerdos religiosos que circuían de litúrgicas aureolas sus benditas sienes, la confianza de todos sugerida por sus virtudes y el respeto á sus penosos deberes, los cuidados que se tomaban en la conservación de aquella Roma patricia indispensable al mundo entero, dábanles un poder moral é intelectual tan enorme, que los romanos, tan solícitos por la observancia de su voluntad última, confiaban los testamentos á manos de las vestales en fianza y seguridad completa de que los verían así observados y cumplidos hasta en sus tildes menores. Y no solamente gozaban de tamaño influjo moral, adquirirían también con la profesión de su elevado ministerio derechos á

honos que sólo se concedían á excepcionales personas. Una ley las exentaba del juramento en los juicios, y otra ley disponía que los magistrados bajaran las haces de sus guardas ante sacerdotisas destinadas á conservar la Ciudad Eterna. Una especie de priora, llamada vestal máxima, existía en esta orden, y esta priora gozaba múltiples y varios derechos, como el de presidir las fiestas consagradas al ídolo Fascino é interpretar los misterios de la buena diosa. Como se observa en todas estas disposiciones, prescritas unas por las leyes é impuestas otras por las costumbres, tal templo y culto, éstos no significan otra cosa, en suma, que mayor amplitud del suelo patrio y amor en grande á la familia propia, esas dos piedras inmovibles del antiguo Estado.

Así, pues, no hay que maravillarse al rigor de las penas promulgadas contra cualquier abandono de la llama vívida ó de la castidad conventual. Varias veces el fuego sacro llegó á extinguirse, como podemos ver en Tito Livio. Corría el pontificado de Licinio. La vestal, que cuidaba de la lumbre, dejóla morir. Imaginaos que vinieran á despertarnos en callada noche diciéndonos cómo se había extinguido el sol. Pues igual sacudimiento que sentiríais creyéndoos privados del calor, á quien debemos la universal animación, sintió en el corazón Vesta viéndose privada de aquella sacra luz, cuya eternidad importaba tanto como la existencia del pueblo mismo. La diosa debió agraviarse, porque, inmortal de naturaleza, no podía consentir en cosas suyas nada que oliese á la muerte; y para conjurar el agravio, pedía el ritual hierático una pena irremisible á la culpada de indiferencia y desatención. Viniera de un fenómeno corriente y natural aquella extinción, y el monasterio no tratara de investigar su origen, resignado y conforme con disposiciones celestiales contra las que no puede haber apelación alguna ni recurso. Pero un descuido de las vestales mismas, dotadas con tantos privilegios en el ministerio de su culto y en el ejercicio y cumplimiento de sus deberes, no merecía perdón. El único medio de calmar á la divinidad irritadísima y ocurrir á contingencias futuras era el implacable rigor. Lo tuvieron. La juventud, la hermosura, la delicadeza del reo no desarmaron á la fría razón que regulaba los negocios religiosos y políticos en la Roma patricia. El derecho escrito y el derecho consuetudinario se juntaban para infligirle bien

cruelles penas, y había que cumplir como pudiera cumplirse cualquier ley mecánica en el universo. Desnudaron, pues, á la vestal, é hicieronla descender á un sitio húmedo, frío y obscuro, que sólo con triste sepultura podía compararse. Allí el pontífice azotó sus carnes hasta que la sangre culpada salpicó su frente, y ¡cuánto no sufriría una muchacha de complexión delicadísima, de piel sedosa, toda nervios, al sentir un duro azote sobre sus carnes, acostumbradas á todos los adobos y perfumes romanos! Bárbara desproporción entre la pena y el castigo mirados al centelleo de nuestras ideas; pero si consideramos toda la importancia reconocida por el mundo antiguo á estas instituciones, sobre las cuales el poder se fundamentaba y de las cuales fluía la vida, no deben maravillarnos estos rigores congruentes con todo lo esencial que allá en sus adentros pensaban y sentían. Tras esta pena sobrevino una purificación del templo, necesaria en las tradiciones de aquellas liturgias. Hallábase confiado éste á la vestal Emilia, quien, por descuido é indolencia, lo confió á joven inexperta novicia. Durmióse, poco penetrada de su responsabilidad, la guardadora, y el fuego se apagó. Terrible sacudimiento recorrió los nervios de las gentes romanas, como si un rayo enorme hubiera caído sobre todas ellas. A este sacudimiento siguió una inmensa perturbación. Clamores de angustia llenaban los aires, cual en las calamidades mayores de peste ó terremoto. Cada ciudadano preguntaba por su diosa, cual puede preguntar un huérfano perdido y errante por su hogar y por su madre. Aquella religión era doméstica y nacional á un mismo tiempo.

Así, no obstante lo positivo del genio romano, circundaba la diosa y su culto de litúrgicas leyendas. Emilia, la infiel guardadora del fuego sagrado, temió la imputación del descuido á faltas suyas, á la más punible de todas, á falta de castidad, y conjuró á la diosa, rogándole, por medio de vivas instancias, que la socorriera en aquel contratiempo y patentizara toda su pureza. Mirábanla con ojos atónitos los circunstantes, pero sin atreverse, á pesar de la modestia que se descubría en su actitud y de la ingenuidad que revelaban sus palabras, á oirla y juzgarla según sus manifestaciones y protestas. Pero ella, segura por su fe antigua en la diosa de que no podía por medio alguno abandonarla y consentir suplicio tan

terrible como el entierro en vida, se abrazó á su ara y le pidió un milagro. Apenas lo había pedido, penetró en su corazón el sentimiento profundísimo de haberlo por gracia la diosa otorgado, y se levantó radiante, transfigurada, regocijadísima, despidiendo de su mirar efluvios, á cuya irradiación caían sobre todos á una dulces y consoladoras esperanzas. La virgen cogió su estola de mangas perdidas, de amplia rozaga, y arrancando un trozo del transparente lino, lo arrojó á las frías cenizas, cierta de que llevaban dentro de sí una centella vivificadora y capaz de reanimar el fuego sacro y poner en toda su verdad la inocencia de quien fiaba con todo empeño á este aguardado milagro la demostración de su virtud. En efecto, las llamas ardían de nuevo, y la inocencia quedó patentizada entre los loores de los asistentes, quienes aclamaban y decían á Vesta protectora llena de misericordia. Valerio Máximo en sus historias, Propercio en sus cánticos, Plinio en sus cartas, refieren otro milagro parecido y hecho por la diosa en pro de la sacerdotisa Tuzia, demostrando que no había manchado su lecho virginal ni desobedecido á las leyes canónicas de su religión y de su culto, para lo cual sugirióla el subir en cribas agua del Tíber y llevarla, sin que se derramase por los agujeros, hasta el ara de la diosa. Tales tradiciones, más ó menos litúrgicas, copiosa invención de aquel antiguo genio romano, muestran la verdad evidentísima de que á las virtudes vestales y á la conservación del fuego sacro fiaban los dueños del mundo antiguo joya tan preciada como la salud y la buena ventura de su Roma. Así no es mucho que vieran con horror cualquier tropiezo de las sacerdotisas, generador de cualquiera perturbación en el culto y en su liturgia. Por eso hay que leer á todos los escritores antiguos, desde los más veraces hasta los más fantaseadores y poetas, para estimar el precio dado en aquellos tiempos á la castidad y pureza de tan sacras vírgenes. En Roma corría con más ó menos crédito, pero muy vulgarizada, la especie de cuán imposible, ó por lo menos cuán difícil era que faltase una vestal y no se conociese por todos su falta. Así las jóvenes huían á dignidad tan gravosa y presentaban toda clase de ofrendas y exvotos á sus genios tutelares en demanda y súplica de que las eximiesen ó exentasen de tan terrible suerte. Pero los nombres de todas las doncellas patricias, desde que cumplían los

seis años, estaban en el saco fatal, y como sorteadas á cada vacante que hacían la muerte ó los años en aquel colegio sacratísimo, no tenían otro remedio sino conformarse con los caprichos del sorteo. Los romanos por tal modo eran crueles con estas víctimas, que las hundían en lo más profundo para que nadie las oyese, y luego allanaban el suelo de suerte que no pudiera buscarse la víctima ni saberse dónde yacía para siempre. Pero ella, destinada por el cielo á todas las delicadezas y á todas las ternuras de un sexo que ha nacido para vivir en sociedad y amar eternamente, sentiría dolores centuplicados por su propia condición femenil, dolores que no pueden comprender las naturalezas varoniles, forjadas para la guerra y expuestas de continuo al esfuerzo, al combate, al sacrificio, á la muerte. Todas estas resignaciones y conformidades con el destino de la mujer nacida para martirios y no para combates acrecientan mucho la índole y naturaleza de sus dolores. Cualquiera contrariedad muerde más en su corazón tierno y delicado que no en el corazón de los hombres, rudo y fuerte. Por consecuencia, cuando nos asomamos al sepulcro de la vestal, oímos tales ayes y lamentos, vémosla en su hambre morder sus propias carnes, vémosla en su sed chupar su propia sangre, que se nos figura en el acto asistir á la extinción y desvarío de su inteligencia y al conflicto entre un cuerpo deseoso de vivir en su robustez juvenil y un alma que sube á las alturas como vívida llama y que lleva la herida del mismo cuerpo á quien deja. Pero así lo quiere el secreto y el misterio que debe presidir á las viejas instituciones y á su tradicional y religiosa liturgia.

Con estos antecedentes, imaginaos qué suerte y especie de calaverada sería en el mundo romano cualquier intento de profanar aquel templo, donde se guardaba el sacro fuego vital romano, y atentar á la castidad intangible de una sacerdotisa que debía tener la misma nitidez y pureza de la llama que aquellos espacios esclarecía y calentaba, espacios comparables á los ventrículos del corazón latente dentro del pecho de la Ciudad Eterna. Se necesita para comprender el atentado trasladarse al tiempo aquel, vivir de aquella vida, respirar de aquel aire vital, en aquellas creencias empaparse, y sentir aquellos terrores consiguientes á un desacato de la propia fe y á un olvido de los dogmas que fueran como leva-

dura de la conciencia y del espíritu de la Ciudad Eterna. Es tan cierto cuanto digo, que no habían menester guardia tales templos; los guardada el respeto sugerido á todos los ciudadanos por su sombra. Un profanador de tales ritos, por poco creyente que fuera, por muy apartado que se imaginara de las antiguas creencias, por mucha filosofía moderna que hubiera entrado en el cacumen y mucho hábito que perdiera de asistir al culto litúrgico y á sus piadosísimas ceremonias, estaba en el caso de imaginar que le faltaba el suelo bajo los pies y que sobre la cabeza se le venía el cielo, no solamente á la comisión de un desacato, á la idea más fugaz y al propósito más liviano de idearlo allá en su mente ó de fingirlo en su imaginación.

Nos hemos detenido á considerar la importancia del templo de Vesta y la influencia del cuerpo de vestales, para que pueda medir con toda exactitud quien leyere los horrores del nuevo crimen cometido por Nerón y la trascendencia que podía tener este crimen á la perturbada sociedad aquella y al malherido Estado. Con sus monstruosidades, con sus desacatos al honor, con sus vulneraciones de la moral, con sus vicios agravados todos ellos por el panerotismo en que Nerón juntaba, no solamente los contactos repugnantes entre todos los sexos, hasta los contactos brutales entre todas las alimañas; á pesar de haber llegado hasta la pederastía y la bestialidad y el incesto, no contaba todavía un sacrilegio, ó mejor dicho, un amor sacrílego. Necesitaba para recorrer toda la línea de imaginables emociones y para tener ayuntamiento con toda clase de seres, macular un templo, un ara, una divinidad. En su corrompido sentir, la religión añadía voluptuosidades incalculables á la voluptuosidad congénita con el amor sensual. Así en los arrebatos á que le arrastraba el desorden de sus nervios, agravado por lo exhausto de su sangre, soñaba el cuitado con poseer á una diosa cual pudieran Júpiter ó Marte; y no pudiendo poseer una diosa, inaccesible á sus brazos, contentábase con poseer una sacerdotisa, sobre todo si esta sacerdotisa era vestal, y violaba con esta nueva brutalidad las leyes religiosas, como en tantas otras, no menos terribles, había violado las leyes naturales. Nada le detuvo desde la hora en que ideara tal atentado para ponerlo por obra. Tras una de las terribles noches consagradas á saciar todos sus apetitos, en-

caminóse Nerón al templo de Vesta, dejando sus comitivas á la puerta, pues nadie podía penetrar en aquel recinto, y entrando él solo, merced á su calidad altísima de máximo pontífice. Penetró, pues, dentro de lo más recóndito del santuario, y se detuvo allí donde ardía sobre un ara unguida con el recuerdo de las romanas edades y tradiciones el fuego sacro. Como las vestales no podían pasar de los seis lustros, pues al entrar en el año trigésimo de su vida salían todas del convento, eran por necesidad jóvenes, y como pertenecían á familias nobles, las cuales traían como vinculada una belleza hereditaria y atávica, también eran hermosas. Su castidad llegaba en el antiguo seguro, donde las había encerrado su religión, hasta venerar al asno, poniendo de remate su cabeza en las lámparas, porque tan paciente animal despertó á Vesta dormida sobre un césped y bajo un árbol durante calurosísimo sesteo, en que Sileo intentó darle un beso, aquel dios campestre, voluptuoso y atrevido. Así vestían de blanco, y un velo muy largo y un manto muy espeso las envolvía, indicativos de que no podían llegar á su cuerpo las indiscretas miradas de los hombres. Solamente los pontífices penetraban en su santuario, como puestos en el ministerio destinado á devolver con ofrendas y holocaustos á las divinidades antiguas el amparo y protección por ellas al imperio dispensados. Como pontífice máximo entró Nerón. Imposible que ni los más pervertidos de sus camaradas adivinasen cómo aquella visita se divertía del natural objeto suyo y velaba so las apariencias del ejercicio sacerdotal todo el horror de los más carnales apetitos. Nerón se dirigió al ara de Vesta seguido por las seis vestales. Todas las insignias de aquella su dignidad y todos los ritos de aquella su religión lo acompañaban. Tenía en su mano derecha el vaso con que debía ofrecer las libaciones después del sacrificio. Mostraba pendiente del costado la cuchilla de sacrificador. Un hisopo, con que rociaba de agua sacra á los fieles, pendía del cinturón, también colgado de una cadenilla, lo bastante larga para su natural utilización cuando lo demandase la liturgia. Un gorro frigio rematado por una lámina de oro, que recordaba el fuego divino, le cubría la cabeza. Iba el cuitado á ejercer un ministerio redivivo en los emperadores porque habíanle desempeñado en tiempos inmemoriales los reyes. Padre de todos, lo era muy especialmente de los sacerdotes flamines, sus hijos; de